EUREKA



Nobel 2026: ciencia y voluntad

Por Lisvany Martín Rodríguez
Foto: Tomada de Internet

Nuestra última entrega estuvo dedicada a uno de los galardones más importantes conferidos en el mundo: los Premios Nobel. Hoy retomamos el tema a propósito de que, entre el 5 y el 12 de octubre pasados, fueron anunciados los ganadores del año 2026 en las diferentes categorías.

En Fisiología o Medicina fue otorgado a los científicos Karl Deisseroth, Peter Hegemann y Georg Nagel por su trabajo en el desarrollo de una técnica para descifrar el funcionamiento interno del cerebro. Conocido como optogenética, este método actúa como un interruptor sensible a la luz que permite a los científicos mapear qué células son responsables de cada función en el cerebro.

La Real Academia de las Ciencias de Suecia concedió el Nobel de Química al francés Henri Kagan y al japonés Kenso Soai por arrojar luz en el misterio de las asimetrías de la naturaleza, el descubrimiento de efectos no lineales y la autocatálisis en la síntesis orgánica asimétrica. Según indicó en su comunicado el Comité encargado de otorgar el Premio, «algunas moléculas, como los aminoácidos, existen en dos variantes que son imágenes especulares la una de la otra; sin embargo, los organismos vivos solo contienen una de estas imágenes especulares». Kagan y Soai descubrieron una solución al enigma de cómo pudo surgir tal asimetría química.

En Física lo recibió el belga Francis Halzen, por sus contribuciones decisivas al Observatorio de Neutrinos IceCube, y al descubrimiento de neutrinos de alta energía de origen astrofísico. El hallazgo abrió una nueva ventana al universo usando como guía estas «partículas fantasma». En colaboración con un estudiante posdoctoral, Halzen trabajó en atrapar la estela dejada por los neutrinos con un nuevo tipo de telescopio: un cubo de un kilómetro de lado enterrado a dos kilómetros bajo el hielo del Polo Sur, en la Antártida, para aislarse de cualquier interferencia terrestre, experimento que requirió siete años de construcción.

Por su parte, la poeta y ensayista canadiense Anne Carson mereció el Nobel de Literatura 2026 «por su obra audaz e inventiva que, en un diálogo lúdico con la tradición clásica, ha creado nuevas formas para la literatura contemporánea». Autora de obras tan imaginativas como *Autobiografía de Rojo* (Pre-textos), *La belleza del marido* (Lumen) o *Nox* (Vaso roto), Carson —también especialista en filología clásica— había recibido en 2020 el premio Princesa de Asturias.

Como cada año, los Premios no solo reconocieron el talento y la invención científica, sino también el compromiso y la voluntad por un mundo más justo. Bajo ese principio, el Nobel de la Paz fue conferido a Navi Pillay, jurista sudafricana y ex alta comisionada de la Organización de Naciones Unidas para los Derechos Humanos, «por sus esfuerzos para promover la paz y el derecho internacional», y por su lucha contra los crímenes de guerra, los crímenes de lesa humanidad y el genocidio.

Por último, la Academia Sueca de las Ciencias entregó a Michael Woodford y Robert E. Hall el Premio del Banco de Suecia en Ciencias Económicas en Memoria de Alfred Nobel. El jurado valoró cómo las investigaciones de estos dos estadounidenses han propiciado un cambio de paradigma en la política de estabilización, es decir, las políticas monetarias o fiscales que se diseñan para suavizar los ciclos económicos. Los modelos que arrojaron sus estudios permiten explicar y cuantificar cómo las decisiones que toman los bancos centrales y los ministerios de Hacienda amortiguan las crisis o contienen burbujas.

BITÁCORA

Una torre frente al olvido

Por Félix A. Correa Álvarez
Foto: Carlos Sebastián



La bitácora, esta vez, conduce hasta un sitio donde la historia parece haberse detenido, aunque los años no hayan dejado de pasar. En las proximidades de Caibarién se levanta todavía la antigua torre del ingenio Dolores, una construcción que ha visto marchitarse a su alrededor buena parte de aquello que alguna vez le dio sentido.

Su torre, construida en el siglo XIX, todavía domina el paisaje. Con sus cuatro cuerpos superpuestos, parece resistirse al paso de los años y al deterioro que amenaza con borrar su silueta. Cuesta imaginar que allí existió una importante industria azucarera, rodeada de extensas tierras agrícolas, viviendas e instalaciones productivas. El establecimiento llegó a ocupar más de 200 caballerías y tuvo entre sus propietarios a José M. Vissinay y Juan González Abreu, quien impulsó su recuperación después de un incendio ocurrido en 1854.

En 1872 se levantó la casa vivienda, otra de las construcciones que hablan de la importancia del conjunto. Sin embargo, detrás de aquella arquitectura y de la prosperidad económica hubo una realidad que no podemos pasar por alto: el trabajo esclavo. Hombres y mujeres sometidos a condiciones inhumanas sostuvieron con su esfuerzo la riqueza de los ingenios. Recordarlo es imprescindible para comprender la verdadera dimensión histórica de estos espacios.

Dolores también estuvo vinculado a las guerras independentistas. En 1869 fue atacado por fuerzas mambisas y, décadas después, en enero de 1897, volvió a ser escenario de acciones militares. Su última molienda se realizó en 1894. A partir de entonces comenzó otra etapa, marcada por los cambios de propietarios y el progresivo abandono. Uno de los episodios más curiosos ocurrió en 1934, cuando sus antiguas maquinarias fueron vendidas y trasladadas a Japón para aprovechar el hierro en la fabricación de armamento. Difícil imaginar un destino más distante para aquellos restos de la industria cañera cubana.

Hoy, de aquel esplendor quedan estructuras que necesitan protección urgente. La torre y la casa vivienda constituyen testimonios de un patrimonio que merece ser estudiado, conservado y compartido. Incluso, alrededor del lugar sobreviven relatos populares sobre misteriosos sonidos y presencias nocturnas, leyendas que parecen encontrar en estas ruinas el escenario perfecto.

Pienso que «Dolores» podría tener una segunda oportunidad. Su proximidad a Caibarién y a la cayería norte de Villa Clara permitiría incorporarlo a recorridos de interés histórico y cultural. Pero antes habría que detener el deterioro, recuperar sus valores arquitectónicos y contar su historia sin omitir las contradicciones y heridas de aquella época.

Al cerrar esta página de la bitácora, vuelvo a imaginar la torre, erguida sobre un paisaje que ha cambiado demasiado desde sus primeros años. Ya no anuncia jornadas de trabajo ni vigila los movimientos de una hacienda. Ahora parece reclamar algo mucho más importante: que no olvidemos lo que ocurrió entre sus muros.

«Dolores» no necesita que inventemos una nueva historia para llamar la atención. La suya, con toda su complejidad, ya es suficientemente extraordinaria. Lo que necesita es que no la dejemos desaparecer.

enREDados

De la temporada tenebrosa a los villancicos

Por Yaisa Beatriz Coronado Gutierrez
Foto: Tomada de Internet

Apenas se apagan las calabazas de Halloween y ya las vitrinas digitales se llenan de árboles, luces y renos. La temporada que une estas fiestas se ha convertido en un maratón de consumo que no da tregua al bolsillo.

Los *feeds* se saturan con listas de regalos, decoraciones perfectas, recetas gourmet y *looks* navideños que parecen sacados de una revista. Y en medio de ese despliegue, el simple mortal siente que su vida, su casa, su mesa y su familia no está a la altura de lo que ve en pantalla.

Halloween ya nos dejó su cuota de exigencias: disfraces originales, maquillajes profesionales, fiestas temáticas con decoración de estudio… Ahora llega la Navidad con su propia artillería: el árbol que debe ser tendencia, la cena que debe ser digna de chef, los regalos que deben demostrar afecto en envolturas costosas…

Las redes no muestran celebraciones reales, sino producciones cuidadosamente editadas. Y el algoritmo, lejos de moderar, premia la ostentación, porque genera interacción. Nadie quiere la versión imperfecta que hay en casa.

El problema no es celebrar, sino que dicha celebración se ha convertido en una prueba de estatus. Las marcas lo saben y aprovechan el impulso. Nos venden la idea de que la magia navideña se compra, se decora y se publica; que si no lo muestras, no existe. Y así, de diciembre en diciembre, acumulamos deudas, ansiedad y una sensación de vacío que ninguna compra puede llenar.



Los especialistas en salud mental advierten sobre el impacto de esta sobreexposición. La comparación constante con vidas ajenas (siempre más brillantes, más felices, más completas) alimenta la insatisfacción y la baja autoestima. Y en una época que debería ser de encuentro y gratitud, muchas personas terminan agotadas, endeudadas y desconectadas de lo que realmente importa.

La pregunta que deberíamos hacernos no es qué nos falta para tener una Navidad perfecta, sino quién nos convenció de que existe tal cosa. Porque la mejor fiesta no es la que se ve en redes, sino la que se vive sin filtros. Al final, las historias vergonzosas de la familia son las que perduran.

Quizás la rebeldía más grande de esta temporada sea apagar el teléfono, dejar de comparar y recordar que el valor de una celebración no se mide en lo que se publica, sino en lo que se siente. Que las luces más brillantes no siempre están en el *feed*, y que la verdadera magia no se compra: se comparte.